

trata aquí del absurdo, como en "Casa tomada", sino de una fina sugerencia del mal preternatural, o de la fatalidad, o del más delgado horror. "Circe" es una pieza maestra de un género que, por lo leve, apenas nos atrevemos a llamar fantástico. Ambos relatos anuncian al eximio cuentista que será Cortázar en los excelentes cuentos de su madurez narrativa.

IGNACIO VALENTE

<https://doi.org/10.29393/At465-28LELD10028>

EL LENGUAJE ESTETICO

De *Vicente Mengod*

Ediciones Rumbos, Santiago, 1991

Hace más de 50 años, desde España nos llegó el escritor valenciano Vicente Mengod. El nos traía el aire mediterráneo de la cultura clásica, y las vivencias de las altas figuras del pensamiento y la poesía de la Generación de 1898. Y en todo ello, no sólo fundamentación libresca, sino experiencia, estudios en Francia, recuerdos, y decantada finura para fijar la efigie humana, a veces contradictoria, atrabiliaria, monologante de don Miguel de Unamuno, o la interpretación exacta de la hiperestesia de Juan Ramón Jiménez.

Aquí está de nuevo Vicente Mengod con su cátedra ajena a todo apresuramiento, a toda odiosidad. Ha recogido más de 70 ensayos y artículos publicados en la prensa chilena. Y en cada una de sus páginas, el meditador en torno a la esencia de la poesía medieval o renacentista se da con erudición nunca agobiante, pues, une a su reflexión, el develamiento de lo más íntimo de la poesía, la casa del Ser, al decir de Martín Heidegger. Así su discurrir certero define la poética y el ánimo de su creador.

Ejercicio de la sensibilidad, de las relaciones imprevisibles de los contrarios, realiza Mengod. En este hacer va valorando, al margen de lo gárrulo de ciertas obras, el hacer del artista literario que burila el lenguaje, que lo ilumina con la artesanía en la elección de los ritmos y la eficacia de la sintaxis, y la gracia de las imágenes. Sí. Lenguaje estético como suprema invitación para regocijarnos no únicamente con su belleza; también para conquistarnos con su conceptualización del mundo, en forma sentenciosa. Así Vicente Mengod nos hace gozar su admiración por José Ortega y Gasset o por el lirismo pleno de temblor existencial de Antonio Machado.

El ensayista discurre como escritor que no desdeña las antípodas. Se regocia en las comparaciones, y se retrotrae al hontanar del idioma en las fuentes latinas del medioevo y valoriza la constante arábica que -como napa imperceptible- aflora en la poesía española. No olvidemos que Mengod es autoridad y un acucioso divulgador de la lírica más antigua de la cultura árabe. Su aporte en sus investigaciones alcanza

hasta la cima del poeta, pensador y pintor contemporáneo Jalil Gibran.

Podríamos definir esta obra -la séptima entre sus libros- como un curso vivaz de *literatura comparada*. En sus páginas no se observa la actitud del dómine crítico que consagra a destajo, en raptó impresionista, o que desdeña o regatea méritos y talentos. Sabe exponer, con brevedad y oficio, la audacia vanguardista del creacionismo de Vicente Huidobro o la poética de Saint John Perse, sin apresuramiento.

El libro es una invitación a releer los clásicos y contemporáneos. Y si Ud. une a esta crítica *en simpatía* un acabado escarmenar en los entresijos del lenguaje estético -insisto-, se nos revela el crítico que nos descubre *el pensar profundo* que subyace en la apariencia estética. Esta es la lección de Vicente Mengod: enseña a no seducirnos por la apariencia, la eufonía, la riqueza imaginativa o la adjetivación imprevisible. Nos invita a descubrir -tras el esplendor de la forma- la conciencia de un artista que siente su ser en agonía o esperanza.

Ensayista que cuida su oficio, siempre elegante, pero que no repuja sus frases con pedanterías de lo que se denomina la desconstrucción. Ni Derrida y fundamentación dogmática. Meditador, artista sin afán de sistematizar. Eminentemente incitante.

Y una anécdota. Hace ya algunos años, en casa de un catedrático y escritor amigo, se recibía, en grata cena, a Pedro Laín Entralgo. Entre los asistentes, recogido, un poco aparte, Vicente Mengod. Llega el invitado, señorial, amable. Sonrisas, breves palabras. El dueño de casa hace las presentaciones. Laín Entralgo mira y sonríe a Vicente Mengod. -Lo conozco, nos vimos en la Universidad de Valencia, dice el médico y escritor. Sorpresa de Mengod.

-¿Cómo?, me dice, extrañado. ¡Desde 1939 estoy en Chile!

Laín Entralgo ha recordado de súbito el rostro de su compatriota valenciano, y los años juveniles. Pienso que más de 25 años han desaparecido en ese instante en que dos hombres de España, dos modos de vivir y de pensar la tragedia española, casi en bandos contrarios, se encuentran en esa zona que salva las diferencias. La inteligencia, el don de gente, el humanismo vivo produjo ese encuentro.

Así también pienso a Vicente Mengod: los signos contrarios a su sensibilidad y cultura no le menoscaban esta cátedra que por más de 50 años ha ejercido en Chile, con sabiduría y con amor nunca ditirámico por la obra de los escritores chilenos que ha estudiado detenidamente en la prensa y en la revista *Atenea* de la Universidad de Concepción. Ha sido pródigo en la publicación de análisis en torno a la novela chilena, y, con el seudónimo de Miguel de Valencia, en las páginas de la revista universitaria ha divulgado aspectos de la ciencia que no le son ajenos en sus indagaciones.

Hay un punto que -creo- debe ser subrayado, y es aquél referido a las apoyaturas en la formación intelectual del escritor. En Mengod hay fundamentación filosófica, histórica, filológica. En el ancestro semántico de ciertas palabras el ensayista señala

la vertebración simbólica de la poesía. En un sondeo en que confluyen disciplinas diversas, va configurando su interpretación de los textos que se ha propuesto iluminar.

Ensayista a cabalidad, abre los textos, insinúa, atisba, sin olvidar al lector que podría diferir de ciertas aproximaciones. Y es en este sentido que la obra del autor hispano -ahora tan chileno por su carta de ciudadanía que honra a nuestro país- es el mejor testimonio de un escritor dialogante. Toda su obra es un diálogo con los poetas, pensadores, narradores, dramaturgos, en un friso de la lengua castellana en concordancia con voces de otras latitudes. La literatura nórdica -*Ibsen*- o germana -*Thomas Mann*-; el lenguaje de las tribus Tuareg del desierto africano; las leyendas orientales, o los diálogos platónicos, son -en su variedad- tonalidades en tornasol de su reflexión crítica.

Vicente Mengod nos invita a participar en este diálogo con las voces polifónicas de otro tiempo.

LUIS DROGUETT ALFARO

LA FAMILIA CEREZOS

De *Fernando García Blest*,

Editorial La Noria, Santiago 1991

Se oye decir a menudo que la novela, como género literario, atraviesa una época penosa, donde están subvertidos todos los valores que han ido formándose y agregándose a aquélla a lo largo de las vicisitudes literarias, pero todo esto es cuestión de perspectivas, porque las novelas se siguen editando.

Fernando García Blest es un reconocido novelista, de amplia y fecunda labor literaria contando ya con varios capítulos publicados. Ahora entrega *La familia Cerezos*, donde una vez más con seguro estilo y factura de mano maestra, hace suya la confirmación de lo que una novela debe ser: entretenida. Y lo consigue sin acudir a exotismos ajenos a su idiosincrasia de haber vivido en lo que describe y conoce al dedillo; nació en Talca. La acción transcurre en un pueblo -Tricahue- cuya ubicación corresponde a la zona rica en mostos que harán la fortuna de los propietarios de las viñas, una zona que se extiende desde Curicó a Parral. Esto está íntimamente relacionado con el ir y venir de los que constituyen *La familia Cerezos*, y por supuesto, como siempre sucede, el nacimiento, madurez y decadencia de Tricahue que influye de manera señera en el desarrollo de los acontecimientos.

En la novela, la figura patriarcal de Juan Ramón Cerezos desborda los alcances de sus actividades en Tricahue -pueblo prácticamente fundado por él-; hombre de